

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS (CICLO C)

No pretendemos dar una conferencia acerca del significado del Corazón de Jesús, sino explicar su celebración solemne.

Esta Solemnidad está en relación con la Festividad de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote y también con la Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo.

La devoción al Corazón de Jesús especialmente en el siglo XVI viene proclamada por los Jesuitas y floreció especialmente en los círculos de los Oratorios franceses del siglo XVII. *Toda aspiración a la perfección viene orientada a imitación de la vida interior de Jesús, es decir de su Corazón, expresión cálida de Cristo.*

En la segunda mitad del siglo XVII en los círculos franceses se comenzó el reclamo por una fiesta particular. Para la comunidad de San Juan Eudes en el año 1672 el obispo de Rennes le concedió permiso para la celebración de una Misa en honor del Corazón de Jesús.

Influyó mucho en la difusión de la Fiesta una visión de la mística Margarita María de Alacoque (muerta en el año 1690), en la cual Jesús, mostrando su Corazón y reclamando la atención sobre su amor por muchos despreciado, pide una fiesta especial para el viernes después de la octava del Corpus Dómini . (1675).

León XIII en el año 1899 ordenó la consagración del mundo al Sacratísimo Corazón de Jesús mediante la bula "Annum sacrum". Se está terminando el siglo 19 y se comienza el siglo 20. Este hecho tiene su importancia, de aquí dicha Consagración.

En 1856, Pío IX bajo la solicitud de Gueranger (Abad de la abadía benedictina de Solesmes) concedió la extensión de la fiesta a toda la Iglesia. Queda la fiesta; pero no está claro qué se celebra.

La Celebración: Esta Solemnidad está establecida para el día de viernes después del Corpus. Se quiere relacionar esta Solemnidad con el Viernes Santo.

A un formulario de Misa y de Oficio ya existente; en el año 1778 Clemente XIII añade uno nuevo, en el cual está en el centro el Corazón físico de Jesús. Estamos seguros que el Papa no quiere reducir la fiesta al Corazón físico, aunque así lo parezca.

En el año 1929, bajo Pío XI, se compone otro formulario de misa y de Oficio, que sustituyen a los anteriores. En ellos predomina el pensamiento de la reparación. Quizá esta palabra puede ser considerada de una forma unilateral y también en su sentido menos positivo, de aquí cierto rechazo, que sentimos hacia ella y hacia lo que la favorezca.

El Misal Romano del año 1970 recibe en parte los textos del año 1929, pero presenta una más rica oferta de textos para la liturgia de la Palabra. De las oraciones del celebrante son nuevas la oración colecta, el Prefacio y la oración conclusiva; la oración de ofrendas es del antiguo Misal; pero retocado.

Celebración actual de esta Solemnidad:

La fiesta del Corazón de Jesús es una típica fiesta de devoción. Esta afirmación es correcta y verdadera; lo que se necesita es que la devoción no pierda su calidad.

La devoción del Corazón de Jesús y también la fiesta manifiestan desde el principio una tendencia *aislante*. Todos queremos contemplar el Todo y nos resistimos a contemplar las partes, aunque éstas impliquen una riqueza, un mejor entendimiento del todo.

Esta espiritualidad está relacionada con el memorial de la pasión y de la muerte del Señor. Viene destacada una parte del todo, y no solo eventualmente la pasión, sino una parte del cuerpo de aquél que sufre: el corazón traspasado por la lanza.

La fiesta es una fiesta de Idea, en la cual no está en el centro la memoria de un acontecimiento salvífico, sino la idea de un amor redentor y de la reparación. Debemos aceptar esta delimitación; pero también debemos afirmar que siempre será noble y útil acentuar el amor del Señor hacia los hombres. El misterio se expone, no solamente para conocerlo, sino para vivirlo.

Ya en la elección del día de la semana viernes se ve claramente que se busca la relación con el Viernes Santo, pero se le quiere celebrar fuera del Triduo Sacro. No necesariamente la celebración de la Solemnidad del Corazón de Jesús nos lleva a olvidar la unidad del Triduo Sacro; pero no está acentuada esta dimensión.

Es cierto que esta Solemnidad trae su origen de la piedad particular de un determinado grupo.

Desde el siglo XVII la devoción al Corazón de Jesús y también la fiesta han puesto en el centro una idea: se trata del amor del Redentor, que viene expresado concretamente en el corazón; a esto se añade, especialmente desde el siglo XIX la idea de la reparación por todos los ultrajes cometidos contra el amor del redentor. En esta fiesta, en el centro no está la memoria de un acontecimiento salvífico, sino la idea del amor redentor y de la reparación; de aquí cierta duda de los liturgistas ante esta Solemnidad. El pueblo sencillo no percibe esta dificultad, sino que celebra con devoción la Fiesta, sin pensar que quizá no sepa lo que celebra.

La eucología del Misal de Pablo VI del año 1970 ha olvidado esta dimensión, proyectando otra dimensión como vamos a ver en seguida.

Como la Solemnidad de la Sagrado Corazón ha sido establecida por la Iglesia, es precisamente aquí donde radica su teología y su razón de ser. Diremos que no es fácil señalar con exactitud el objeto de la celebración.

En la historia de esta fiesta, los formularios de la misa han sido distintos. La razón quizás radique en la dificultad de precisar con claridad el objeto de la misma celebración.

La Eucología menor reproduce, en parte, los textos del Misal anterior: existe una oración colecta alternativa y el texto de la oración después de la comunión ha sufrido retoques importantes.

En la segunda oración colecta, que es del Misal anterior y en la oración sobre las ofrendas se habla de reparación y expiación de los pecados, concepto que proviene del ambiente devocional del cual surgió la solemnidad.

El texto eucológico más válido es el nuevo prefacio, que se distingue por una particular inspiración escriturística y patristica; en él viene proclamado el misterio de la salvación visto en la dimensión cristológica, eclesial y sacramental.

Vamos a analizar la oración Colecta, la primera, que es del Misal de Pablo VI; la Oración después de la Comunión, que prácticamente es nueva y por último el Prefacio, que es también nuevo.

Oración colecta: “... recordamos los beneficios de tu amor para con nosotros”

La historia salutis exige tener presente las maravillas de Dios; no olvidarlas, incluso hacer memorial de ellas. Nadie puede dudar de la densidad teológica de esta oración. El contenido de esta exposición está en relación con la celebración del Año Litúrgico.

Concédenos recibir de esta fuente divina una inagotable abundancia de gracia. No es una petición sentimental, devocional en el sentido menos positivo de la palabra, sino que expresamos un deseo digno. La imagen de la fuente es bella y llena de simbolismo. Cuando se habla de Jesucristo, le llamamos: Palabra, Luz, Agua viva, Pan vivo, verdadera Vid, ¿por qué no fuente divina?

Oración después de la Comunión:

“*Encienda en nosotros el fuego del amor*”. Cuando el hombre se siente amado por Dios, se enciende en su corazón como una hoguera, un fuego, que purifica y abrasa, pues es un fuego de amor. Noble deseo, sublime petición al terminar la Eucaristía de esta Solemnidad.

San Juan de la Cruz llamará a una de sus Obras: “*Llama de amor viva*”. Este amor que prende en nosotros es de la máxima calidad, y digno de toda credibilidad y confianza:

“que nos mueva más a unirnos a Cristo y reconocerle presente en los hermanos.” Rápidamente nos viene a la mente y al corazón la clase de amor, que quería San Juan, tanto en su Evangelio como en sus Cartas.

El amor de verdad tiene una doble dimensión constitutiva, inseparable: amar a Dios y verle en los hermanos, siendo éstos sacramento del amor divino.

El Prefacio: “... Por Cristo, Señor nuestro. El cual, con amor admirable se entregó por nosotros...”

Afirmación densa y cuajada de teología. Cristo sabe amar y lo hace hasta el extremo. Nadie puede dudar que esta expresión dista mucho del sentimentalismo. Esta expresión vertebra toda locución acerca del amor de Cristo a los hombres.

“y elevado sobre la cruz hizo que de la herida de su costado brotaran, con el agua y la sangre, los sacramentos de la Iglesia”.

Aquí están hablando los Padres de la Iglesia, que han sabido hacer teología de los hechos bíblicos. No se trata de una frase dulzona, sino fuerte y llena de vigor. Cristo crucificado es la máxima garantía de que realmente nos ama. El Costado de Cristo, símbolo de la acogida, de la intimidad, de la fidelidad, se ha convertido en fuente sacramental. La sangre del costado no solo produce en nosotros sentimientos de dolor, de compasión, sino de gratitud, es una invitación a valorar bien los gestos de Jesús en pro de los hombres. Las palabras iluminan, aclaran la razón; pero los gestos sinceros y nítidos encienden el corazón.

“Para que así, acercándose al corazón abierto del Salvador, todos puedan beber con gozo de la fuente de la salvación”.

Cristo nos invita a acercarnos a El, no solamente a sus enseñanzas. El lenguaje simbólico es el más adecuado para entender y comprender lo que Dios nos quiere decir. El corazón simboliza y expresa la totalidad del ser; el Corazón de Jesús remite

al Jesús entero y total. El se nos presenta sin engaños, con la máxima transparencia, haciéndose presente y cercano. Un corazón abierto para el otro es la máxima garantía.

Primera Lectura: Ezequiel, 34, 11-16: Juicio contra los pastores de Israel

34, 1-31: Es éste uno de los grandes discursos de la segunda actividad pastoral de Ezequiel, desarrollo quizá de Jeremías 23, 1-8 y en cierta manera modelo del discurso que Jesús pronunciara en Jn 10.

Presentamos esta primera parte para poder comprender los versículos que la Liturgia nos propone.

La primera parte (Ez 34, 1- 15) es un ataque directo contra las autoridades políticas de Judá, a las que el profeta considera responsables del destierro de Babilonia. Las acusaciones recaen sobre esta realidad: los pastores se han aprovechado del rebaño; éste ha quedado abandonado, se ha dispersado ha sido presa de los animales salvajes. Ellos se han convertido en devoradores del rebaño. No lo han apacentado. En lugar de alimentarlos, los gobernantes y líderes religiosos se han alimentado a sí mismos y han hecho de las ovejas su propio bocado. En vez de gobernar con justicia, han oprimido al rebaño con brutalidad de trato.

Pero la responsabilidad de esta dispersión no es sólo de los dirigentes políticos, sino también de todos aquellos miembros del pueblo ricos y fuertes que han explotado a los pobres y débiles. Esta idea se desarrolla en la segunda parte del capítulo (Ez 34, 16-24)

Ez 34, 25-31 es la conclusión de este oráculo sobre los pastores y el rebaño. Aquí se habla de una promesa de paz y prosperidad cuya descripción en términos paradisiacos hace referencia al reino mesiánico.

La esperanza no ha quedado destruida: el pueblo todavía tiene por delante una posibilidad de vida. Libre de los malos dirigentes políticos y religiosos, encontrará la paz y la prosperidad bajo la dirección del buen pastor, el Señor mismo, en el país adonde Dios lo hará regresar.

11. Porque esto dice el Señor. Yo mismo buscaré a mis ovejas y las apacentaré.

Es necesaria la iniciativa del Señor, su presencia en la escena “en persona” para que comience la nueva liberación. Aun en el destierro siguen siendo “*mis*” ovejas; el Señor viene a recobrar lo que es suyo.

Recordemos que el título de pastor es de los que se atribuyen más corrientemente a los reyes y a los dioses del Antiguo Oriente, sobre todo porque gran parte de la población de estos territorios vivía de la agricultura y ganadería.

Pero los reyes son llamados “pastores” de su pueblo en cuanto representan a la divinidad, ya que el verdadero pastor supremo es el Dios de ese pueblo; él es el pastor supremo que encomienda a sus lugartenientes, los pastores subordinados, el que reúnan a su rebaño y se ocupen de él.

En Israel el título se aplica con frecuencia a Dios, especialmente en los salmos. Pero ningún rey de Israel es llamado directa y personalmente “pastor”. Solamente se atribuye a los hombres en este texto de Ez 34, 1-31; en Jr 23, 1-8; Zac 10, 3; 11, 4s; 13, 7 y en Miq 5, 3, que lo aplica al rey futuro.

12. *Como un pastor cuida de sus ovejas cuando están dispersas, así cuidaré yo a mis ovejas y las reuniré de todos los lugares por donde se habían dispersado en día de oscuros nubarrones.*

13. *Las sacaré de en medio de los pueblos, las reuniré de entre las naciones y las llevaré a su tierra; las apacentaré en los montes de Israel, en los valles y en todos los poblados del país.*

Dios ha hecho salir a su pueblo de los diversos países donde estaba disperso. Es la promesa de la vuelta del destierro: el pueblo de Israel, dejando los parajes tenebrosos, como un rebaño, encontrará buenos y nuevos pastos.

Para llevarlo de nuevo a su tierra. Esta nueva migración del pueblo se realizará bajo la dirección del Señor en persona como pastor del rebaño de Israel. Ocupará el lugar de los antiguos pastores, es decir los reyes, que tan lamentablemente habían ejercido sus funciones

14. *Las apacentaré en pastos escogidos y pastarán en los montes de Israel; allí descasarán en cómodo aprisco y pacerán en pingües pastos por los montes de Israel.*

15. *Yo mismo apacentaré a mis ovejas y las llevaré a la majada, oráculo del Señor.*

16. *Buscaré la oveja perdida y traeré a la descarriada; vendaré a la herida, robusteceré a la flaca, cuidaré a la gorda y robusta; las apacentaré como se debe.*

Una tradición bíblica contempla a Dios como el pastor de Israel: “Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas” (Is 40,11). Este versículo de Isaías, lleno de ternura y delicadeza, es el mejor comentario a los versículos 14-16 del capítulo 34 de Ezequiel.

“Oíd la palabra de Yahveh, naciones, y anunciad por las islas a lo lejos, y decid: El que dispersó a Israel le reunirá y le guardará cual un pastor su hato” (Jr 31, 10). Grata noticia, que no solo no se debe olvidar, sino que deben oírla y escuchar todas las naciones.

Esta lectura de Ezequiel nos ayuda e ilumina a la hora celebrar la Solemnidad del Corazón de Jesús.

Muy adecuado el estribillo del salmo responsorial: *El Señor es mi pastor, nada me falta.*

Segunda Lectura: Rom 5, 5b-11: Los frutos de la salvación

El cristiano justificado, reconciliado con Dios, será salvo, participando con la esperanza en la vida resucitada de Cristo. Una vez justificado, el cristiano está reconciliado con Dios y experimenta una paz que las penosas dificultades no pueden perturbar, una esperanza que no conoce la decepción, y la confianza de llegar a la salvación.

5. *Hermanos: Y la “esperanza no quedará confundida”, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.*

En el v. 5 Pablo comienza su interpretación profunda: la esperanza es, inquebrantable, no “avergüenza” al que espera. “La esperanza no es ninguna ilusión

vacía”. El cristiano espera precisamente en la gracia de Dios. La gracia de Dios no es otra cosa que la fuerza del amor de Dios.

El amor de Dios ha realizado su acción de salvación en la muerte de Cristo. Esta realidad de su amor nos ha sido dada a nuestros corazones en el Espíritu de Dios como “arras” o “primicias” de su consumación cumplida ya en Cristo exaltado.

Pablo piensa aquí en el bautismo, en el que la justificación del impío se ha realizado en el individuo. La idea de que el cristiano ha recibido en el bautismo el Pneuma es experiencia cristiana común.

Es interesante la afirmación de que el contenido del don del Espíritu es el amor de Dios.

El amor de Dios: No “nuestro amor a Dios”, sino el “amor de Dios a nosotros”.

En el AT, “derramar” un atributo divino es una expresión corriente (“misericordia”, Eclo 18, 11; “sabiduría”, Eclo 1, 9; “favor, gracia”, Sal 45, 3; “ira”, Os 5, 10); “efusión del Espíritu”, Joel 3, 1-2)

Mediante su santo Espíritu: El don del Espíritu es la prueba (o quizá el medio) de la efusión del amor divino: “*La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!*” (Gál 4, 6). Significa por antonomasia la presencia de Dios en el hombre justificado.

6. *En efecto, cuando nosotros estábamos todavía sin fuerza, Cristo, en el tiempo fijado, murió por los impíos*

Así describe Pablo la situación del hombre no justificado: incapaz de hacer nada para lograr su rectitud ante Dios.

Nuestra situación estaba marcada completamente por la “debilidad”; concretamente, por la impotencia de la impiedad. Sólo el que ha experimentado en la justificación del impío el poder creador de Dios como potencia superior al poder del pecado y de la muerte, sabe de la impotencia del pecador frente al poder del pecado, del que fue esclavo. Lo tremendamente desesperado de esta situación contrasta con la acción de Cristo; él, el Justo, muere por impíos y utiliza así el poder de Dios, el poder de su amor como gracia, a favor de los impotentes.

Cristo murió: Pablo afirma el acontecimiento histórico en el contexto teológico del sufrimiento vicario. Todo viene a subrayar el carácter espontáneo gratuito de aquella muerte.

7. *Difícilmente se encuentra uno que quiera morir por un justo; puede ser que se esté dispuesto a morir por un hombre bueno.*

La muerte de un justo a favor de los impíos no sólo es impensable para un judío, sino que es también teológicamente imposible. Esto significaría querer violar la diferencia entre justicia e injusticia y, con ello, corromper la justicia en el efecto. Este fue el motivo decisivo de la oposición de los fariseos y de los escribas contra la predicación del reino de Dios hecha por Jesús.

Sin embargo, Pablo se corrige en v. 7b: “tal vez” pueda suceder que alguien esté dispuesto a morir por “lo bueno”. Pablo tiene en cuenta ejemplos de autoinmolación heroica. Pero, de nuevo, la muerte de Cristo nada tiene en común con esto, porque él no es un ejemplo de intervención modélica a favor de lo bueno o de amigos “buenos”, sino que su muerte es una acción para rescatar a los impíos, es intervención a favor de “enemigos

8. Pero la prueba del amor que Dios nos tiene nos la ha dado en esto: Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores

El v. 8 repite lo del v. 6, pero de una manera algo diferente: ahora la muerte de Cristo, diferenciada de cualquier otra muerte posible de hombres a favor de hombres, emerge como acción del amor de Dios, del que se hablaba en el v. 5. El amor de Dios va dirigido a nosotros como pecadores. El poder de su amor se nos demuestra en que ha realizado en la muerte expiatoria de Cristo su intención “a favor de nosotros”: los pecadores han sido justificados mediante la sangre de Cristo.

9. Y ya que ahora estamos justificados por su sangre, con más razón seremos salvados por el de la cólera.

Mientras que en 4, 25 la justificación se atribuía a la resurrección de Cristo, en este texto se imputa a su muerte.

Cristo, el Crucificado resucitado, cuya muerte expiatoria ha liberado al pecador del poder de perdición de su pecado.

En nuestro texto viene especificado de qué cosa seremos salvados (liberados): del juicio escatológico de la ira de Dios. Esta salvación en el juicio de Dios no significa que el justificado por la fe no deba rendir cuenta de sus actos. Significa que la ira de Dios puede ser apartada de aquél que es justificado por la fe.

10. En efecto, si cuando éramos todavía enemigos de Dios fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo, con más razón, reconciliados ya, seremos salvados por su vida.

Es repetición de la misma conclusión en v.10, en lugar de la justificación mediante la sangre de Cristo (v. 9) aparece la reconciliación de los enemigos de Dios con él mediante la muerte de su Hijo.

El que se hable aquí de nuestra reconciliación con Dios no significa, pues, que ésta parta de nosotros, sino más bien de Cristo como Hijo de Dios: mediante su muerte. En v. 9 se está pensando en el Crucificado por nosotros, en v. 10 se apunta al Resucitado en cuya vida se fundamenta nuestra salvación futura como participación en la vida escatológica. En el cristianismo primitivo, tanto la participación en la salvación final como en la resurrección de los cristianos están unidas a la resurrección de Cristo.

11. Más aún, ponemos nuestro orgullo en Dios por nuestro Señor Jesucristo por el que ahora hemos recibido la reconciliación.

El efecto de la justificación es que el cristiano llega hasta a gloriarse de Dios mismo, mientras que antes vivía atemorizado por su ira. Tras haber experimentado el amor de Dios en la muerte de Cristo, puede exultar ante el mero pensamiento de Dios

Evangelio: Lucas, 15, 3-7: Parábola de la oveja perdida

El capítulo 15 reúne tres parábolas sobre el tema de la búsqueda y el hallazgo del que estaba perdido. Jesús quiere justificar su comportamiento con los publicanos y pecadores. Frente a los que se consideran justos y se indignan por la acogida que Jesús dispensaba a los pecadores, Jesús les habla de la alegría de Dios

al encontrar lo que estaba perdido y los invita a que cambien de actitud. La parábola de la oveja perdida tiene como trasfondo el texto de Ez 34, 11-16. Jesús es el buen pastor que ha venido a buscar las ovejas perdidas.

3. *En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos y letrados esta parábola:*

4. *Si uno de vosotros tiene cien ovejas y se les pierde una, ¿no deja las noventa y nueve en el campo y va tras la descarriada, hasta que la encuentra?*

En la parábola propiamente dicha hay un contraste interno entre el número absoluto “cien”, y “una”, la que se extravía. Ahí radica precisamente el sentido de la parábola: la categoría del pastor se mide por su decisión de ir en busca de esa única oveja que se le ha extraviado, aunque tenga que abandonar a las otras noventa y nueve.

Hasta que la encuentra: La frase expresa la incansable tenacidad del pastor.

5. *Y cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento;*

6. *y al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos para decirles: “¡Felicidadme!, he encontrado la oveja que se me había perdido.”*

El detalle es una expresión de cariño. Invitación a compartir la alegría, porque la búsqueda se ha visto coronada por el éxito. Se toca una fibra que atraviesa las tres parábolas del capítulo

7. *Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”*

Si esos “noventa y nueve” hacen referencia implícita a “los fariseos y los doctores de la ley”, la conclusión no puede ser más irónica; se trataría, entonces, de “noventa y nueve” que presumen de “justos”. Pero posiblemente no es más que una de las típicas exageraciones de Lucas, aplicada aquí a la enorme satisfacción que se experimenta en el cielo- Dios mismo- cuando un pecador se convierte: “¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado - oráculo del Señor Yahveh - y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?” (Ez 18, 23).

La alegría que proporcionan noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de convertirse, no tiene ni punto de comparación con el júbilo desbordante que embarga al propio Dios, cuando un pecador, se arrepiente de sus maldades. La buena noticia del amor de Dios hacia los pecadores, que es el núcleo de la proclamación de Jesús, es un aspecto favorito de la teología de Lucas, y aquí, en esta parábola, alcanza su grado máximo de concentración.

Es digno de notar el contraste con la aplicación que cierra el pasaje de Mateo: “*Pues lo mismo: es voluntad de vuestro Padre del cielo que no se pierda ni uno de esos pequeños*” (Mt 18, 14). El énfasis no está en la “alegría”, sino en la “voluntad” salvífica del “Padre”

Nos unimos a la Iglesia en esta Solemnidad del Corazón de Jesús y hacemos como un propósito: Si Dios nos ama de tal manera, como hemos intentado exponer, nosotros debemos responderle en la misma medida. Este deseo ha sido expresado de un modo sublime por los místicos, que saben qué es amar desde la profundidad de Dios y desde el hondón del hombre.